

BIBLIOGRAFÍA

(Críticas y reseñas)

ARTERO RUEDA, Manuel, 2004: *El guión en el reportaje informativo. Un guiño a la noticia*. Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión (IORTV), TVE, Colección Manuales Profesionales, 237 páginas.

Manuel Artero Rueda es periodista, un veterano reportero de TVE, tal vez, de momento, la única televisión que en España ofrece con continuidad verdaderos programas de interés periodístico, es decir, de interés social. Es el caso, por ejemplo y por antonomasia, del merecidamente reconocido Informe Semanal, espacio informativo de reportajes, el más veterano de la televisión europea -lleva emitiéndose en la cadena pública desde hace más de 30 años, concretamente desde el 31 de marzo de 1973-, y en el que trabaja Manuel Artero Rueda.

Esta introducción es pertinente para entender que nos hallamos ante una obra escrita por un profesional de la información lejano al mundo de la Universidad. Una obra práctica, aunque no le faltan ni mucho menos magníficas reflexiones acerca de lo que significa ser periodista y, ante todo, una sincera y acertada deliberación propia, filosófica, porque abarca el sentido del concepto de periodismo y el sentido de la realidad y de los sentimientos humanos. "Sobre un mismo tema no puede haber dos reportajes iguales", razona Artero en la Introducción. "Pero lo cierto es que unos funcionan y otros no, por lo que la subjetividad no significa hablar de incomprensibles categorías artísticas o profundos mensajes de poetas, escritores o pintores. Se trata, en realidad, de los logros, o desatinos, del oficio de un periodista..." (p. 17)

El libro tiene una estructura ordenada de lo esencial a lo concreto: los tres primeros capítulos están dedicados a la exposición de unas bases necesarias para entender el periodismo y su producto más señero: el reportaje. Y alegra mucho, la verdad, que las explique un avezado profesional porque en este mundo del periodismo a los docentes se nos encasilla como diletantes teóricos que nada sabemos del oficio, sin pensar que muchos de nosotros fuimos también periodistas y amamos el periodismo y nuestra docencia. Por eso no sorprende ya que en el prólogo de esta obra, titulado "El doctorado del oficio", Baltasar Magro, otro excelente periodista de TVE y ex director de Informe Semanal, alabe a su colega Manuel Artero oponiéndolo -con crítica o desdén algo hiriente- a los docentes de esta profesión: "Prefiero, sin dudarlo, aprehender de aquellos que viven con entusiasmo su oficio en el *frente de batalla*, que de sesudos especialistas de

la comunicación que jamás se han manchado los pies en el barro de los acontecimientos”. (Pág. 9)

Por eso decía que las reflexiones teórico-experimentales de Artero animan, porque amparan precisamente las enseñanzas que algunos de nosotros intentamos modestamente transmitir a nuestros alumnos. Las bases que el autor expone en los primeros tres capítulos son las siguientes: primero el peso de la historia, es decir, “encontrar sentido, dar con las claves o saber interpretar los hechos”. “Porque es precisamente ésta, la interpretación, la cualidad que puede y debe tener el reportero al realizar su trabajo: **contar una historia que esté compuesta de hechos basados en la realidad de la información.** Unos hechos que se deben informar y son importantes para distinguir entre el buen periodismo y el mal periodismo”. (Página 22; la negrita es del autor). Artero explica esta idea central con ejemplos muy bien escogidos.

La segunda base, que corresponde al capítulo 2, consiste nada menos que en dejar claro qué es realmente, periodísticamente, un reportaje: “Me refiero a la profusión de falsos reportajes aparentemente basados en la realidad y etiquetados para regalo como productos de investigación, realizados con cámara oculta, en los que los autores traspasan sin pudor esa contundente frontera que existe entre la información y el espectáculo. Porque muchos olvidan que la primera regla no escrita del reportero es que debe presentarse ante todos como periodista”. (Página 36). Este punto de partida, creo que imprescindible, lo ejemplifica con experiencias personales, con su conocimiento del periodismo norteamericano y europeo, con citas de teóricos-docentes y de enormes reporteros como García Márquez. Un capítulo sintético, veraz, claro.

Y la tercera base: la documentación. No hay tema, recalca Artero, por insignificante que pueda parecer que no requiera documentarse. “No se puede entender el presente sin saber del pasado. [...] La documentación está íntimamente relacionada, y esto es lo importante, con el enfoque que permitirá estructurar un reportaje.” (Pág. 42). Aparte de sus certeras reflexiones personales, el autor ilustra continuamente con ejemplos bien escogidos de su propia y dilatada experiencia como reportero de televisión.

A partir de estos tres pilares, encontrar el sentido de la realidad y del auténtico interés social, definir el qué y el para qué de esos relatos que llamamos reportajes y trabajar los contextos, antecedentes y posibles consecuentes (documentación) de las historias antes de empezar a concebir su narración, Manuel Artero se adentra en el rodaje de las historias periodísticas, pero no se centra en aspectos técnicos, mucho más fáciles de dominar, sino en lo más complejo, en aquello que necesita inteligencia emocional, ética y estética: el arte del encuentro con la imagen, con las personas, con las historias reales: “Y es que el rodaje es eso: la búsqueda de la imagen que fundamenta el reportaje, es decir la historia. Una búsqueda que, paradójicamente, no debe caer en la obsesión por la imagen, porque siempre da mejores resultados, hasta para el trabajo concreto del reportero gráfico, apasionarse por la historia que el equipo de filmación se trae entre manos. No es bueno obsesionarse siempre con las imágenes. Puede ser mejor pensar en apasionarse con las historias”. (Pág. 53)

En este capítulo sobre el rodaje no puede dejar de mencionarse el apartado titulado “La sensibilidad y el respeto. El abismo de los sentimientos”. Es una lección de profesionalidad y de humanidad: “Responsabilidad y sensibilidad a raudales –reclama Artero-, dos categorías que a priori podrían parecer totalmente subjetivas, pero que son totalmente necesarias para abordar estos temas” [se refiere a las historias de interés humano y social]. (Pág. 73). No es posible acudir aquí a los perfectos ejemplos del periodista para explicar lo anterior. Hay que leerlo.

El autor aborda seguidamente el difícil tema de las entrevistas con buenos modelos. Y después la estructura narrativa del reportaje. Y vuelve a insistir en “el valor y el peso del verbo y la palabra”, nunca inferior a ninguna imagen. Y en la necesidad de los testimonios: “En el fragor de la batalla informativa en la que cotidianamente trabajamos con límites muy estrechos de tiempo, en esa cotidiana ‘écume de jours’ a la que hacía referencia el genial Boris Vian, muchas veces nos olvidamos que la fuerza de una narración se puede encontrar, además de en la imagen, en el valor de los testimonios. De ahí la importancia que se debe dar a esa herramienta de oro que es la entrevista y la fuerza narrativa de la palabra”. (Pág. 125)

La estructura narrativa de los reportajes que Manuel Artero explica con excelente docencia se refiere a aquellos basados en la visibilidad, los reportajes mostrativos, esos que se nutren de historias que hay que reconstruir literariamente, visualmente, con sus protagonistas y sus testimonios, esos reportajes que tan necesarios son para mostrarnos el mundo, para lograr la empatía. La empatía: esa posibilidad única de que podamos percibir otras realidades humanas y salir de los estrechos y pobres límites de nuestra individualidad, de que podamos comprender mejor la realidad y su sentido, la vida, de que podamos, en definitiva, ser algo mejores como seres humanos porque alguien nos hace saber. Alguien, el periodista, el buen reportero.

El guión en el reportaje informativo finaliza con unos lujosos anexos: los guiones de algunos reportajes emitidos por Informe Semanal. Un precioso, útil y didáctico cierre.

Este libro de Manuel Artero es necesario en las Facultades de Periodismo. Es admirable su cercanía, su sencillez, su sinceridad. Es la obra de un buen periodista: bueno como profesional, como ser humano, a la manera en que Kapuscinsky lo concibe. No trata de ningún territorio comanche, no hay aventuras ni protagonismos. Hay periodismo. Hay vida. Hay verdades como puños: “Los profesionales debemos plantearnos sin desmayos, preguntas y reflexiones acerca de nuestro oficio, porque aquí, el que no se autocritique y ejerza a diario el sempiterno ejercicio de la duda sobre su trabajo, lo más que puede aspirar a convertirse, aunque no se dé cuenta, es en una vieja gloria con orejeras” (Pág. 62). Hay auténtica dignidad profesional, tan necesaria siempre para los futuros periodistas que tratamos de formar.

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid